

OBJECIONES A MI TESIS SOBRE LAS OBRAS DE VALERA.  
- RÉPLICA AL SEÑOR RIVA AGÜERO.

El notable autor de una monografía sobre los *Comentarios* de Garcilaso, que se publicó en tres números de los dos primeros tomos de esta Revista, á quien entonces felicité sin conocerle, en mi artículo sobre Valera y sus obras, se ha dignado dirigirme en abril una extensa disertación en forma de carta, que desgraciadamente no he recibido sino de un modo casual cinco meses después. En ella me expone el Sr. D. José de la Riva Agüero las razones que tiene para no aceptar *algunas* de mis conclusiones, por no decir todas.

Oportunamente le he contestado que probablemente escribiría un segundo artículo, como complemento del anterior y réplica á sus ingeniosos argumentos contra mi tesis. Cumplo hoy lo ofrecido; y para que el público que conoce la materia juzgue con pleno conocimiento de causa, copio á continuación la carta-artículo de mi simpático adversario y nuevo amigo. Hela aquí:

Señor don Manuel González de la Rosa.

París.

Lima, 4 de Abril de 1908.

Muy estimado señor:

Agradecidísimo he quedado al benévolo juicio que sobre mi ensayo relativo á los *Comentarios* de Garcilaso, ha formulado Vd. en el trabajo suyo que publica el último número de la *Revista Histórica*.

El fragmento de mi ensayo á que Vd. se refiere y en el que trato de Garcilaso y por incidencia de Valera y Montesinos, forma parte de una tesis que estoy escribiendo. En su primer capítulo estudio, aunque brevemente, al padre Valera, y allí expongo la razón por la cual no lo creo autor del *vocabulario* que Anello Oliva le atribuye. Como esas primeras páginas no han visto la luz pública y á ellas aludo al hablar de dicho vocabulario, Vd. con

justicia pregunta qué es lo que me mueve á no tenerlo por obra de Valera. Fuera de algunas inexactitudes graves (como la de la muerte de Huáscar por las heridas que recibió en Quepaypa, y la duración del reinado de Atahualpa), ya notadas por Lorente y verdaderamente inexplicables en la pluma de Valera, mi principal argumento es el siguiente: Blas Valera, en un trozo transcrito textualmente por Garcilaso y que se halla en la Primera Parte de los *Comentarios*, declara que antes del *Inca Manco Cápac* y del *Inca Roca* los peruanos vivían en barbarie, y que á partir de esos soberanos *comenzaron á tener cultura, policía y alguna manera de república*. Si tales palabras son de Valera (y parece que no hay como dudarlo, á no ser que gratuita é injustificadamente supongamos falsificador á Garcilaso) ¿es admisible que sea el propio Valera autor de la *relación anónima* y del *vocabulario*, cuya teoría de las dinastías preincásicas es la radical negación de lo que se afirma en el pasaje citado?

Es muy probable que esos apuntamientos, llamados por Anello Oliva *vocabulario*, hayan sido tomados por el padre Valera de otro autor, á título de mero dato; en suma: que fueran *escritos de su mano*, puesto que Anello Oliva así lo dice, pero que no hayan sido opiniones suyas, sino de un autor desconocido que posteriormente inspiró á Montesinos y al anónimo.

¿Qué prueba hay de que éste sea Valera? ¿Basta acaso que en un pasaje (apud Garcilaso, Segunda parte de los *Comentarios*) cite á algunos de los autores nombrados en la relación anónima, y eso alterando el título de una obra en algo? Es coincidencia muy pequeña y muy explicable en otra forma, para que de ella nos atrevamos á sacar consecuencia tamaña y tan reñida con lo que él mismo nos dice de sus ideas y sistema.

Es de notar (aunque esta observación no tiene mayor importancia) que la *relación* y el *vocabulario* están en castellano, y que la *Historia del Perú* de Valera estaba en latín; de donde se deduce que en todo caso aquellos escritos hubieron de ser trabajos aparte, y nunca meros fragmentos de la *historia*. Si todos ellos son en efecto de Valera, le confesaré á Vd. que antes desmerece que mejora á mis ojos el crédito del mestizo jesuita; y que mis dudas sobre su veracidad, fundadas en lo que de él copia Garcilaso en la Segunda Parte de los *Comentarios* (v. g.; lo referente á la prisión de Atahualpa y otros puntos de análoga importancia, en los cuales Valera ha extraviado el criterio de Garcilaso), se corroboran fuertemente. Tanto el *vocabulario* como la *relación* merecen escasa fe: todo lo de los sacerdotes y obispos indios, lo de la conversión de las *acellas* en monjas católicas durante la conquista, la sobriedad y monoteísmo de los primitivos peruanos, espontaneidad del servicio militar bajo los Incas, etc., etc., de que habla la *relación*, me parece fantasía pura; y contra las dinastías preincásicas, que traen tanto la *relación* como el *vocabulario*, subsisten las objeciones que he dirigido contra las de Montesinos, puesto que son las mismas.

Sea como quiera, si se aceptara como probado que Valera es el autor de la *relación* y el *vocabulario*, quedaría probado á la vez con ello lo que dice Garcilaso de la dispersión y truncamiento de los papeles de Valera. Unos

de éstos aparecen en efecto, á estar á lo que Vd. dice, en Chuquiabo; otros van á parar á manos de Garcilaso, en Córdoba; y otros resultan en un archivo privado. No puede darse dispersión mayor. Ni podía ser de otra manera, puesto que si bien los jesuítas obtuvieron de los ingleses el permiso de llevarse sus libros y escritos de Cádiz, el plazo de que realmente aprovecharon para abandonar la ciudad, fué brevísimo, angustioso, según se desprende de las noticias que Vd. propio da: salieron con gran prisa, y es natural que se les extraviara mucho de lo que tenían. Aun me aseguran que en el Museo Británico se conservan hoy mismo los impresos y manuscritos de que se apoderaron los Ingleses en aquella ocasión. ¿Cómo, pues, afirmar que Garcilaso poseyó íntegra la historia de Valera, y que para ocultar su plagio fraguó el extravío de una parte? Este extravío es, al contrario, muy verosímil, casi seguro. De otro modo, Garcilaso podía temer á cada momento que el padre Maldonado de Saavedra y otros jesuítas lo desmintieran. Y si no lo temía, si era tan desvergonzado ó estaba tan seguro de su impunidad, ¿por qué, en vez de imitar al inescrupuloso Herrera y á casi todos los historiadores de su tiempo, y apropiarse totalmente las noticias del ignorado autor, acudió al singular recurso de copiar textualmente y declararlo así con toda lealtad en unos trozos, y en otros, según Vd., robar á mansalva? ¿Para qué, si era de mala fe, indica con claridad y franqueza desde dónde y hasta dónde se sirve del manuscrito que posee? ¿Por qué esa extraña mezcla de honradez y perfidia, de lealtad y plagio, que tenía que dañarle, suministrando indicios del hurto? Hay cosas en que no cabe evidencia, pero en que casi llega á producir la verosimilitud moral; y de éstas es la buena fe de Garcilaso respecto de Valera. No puede decirse en ningún caso que lo *plagió*: lo copió sí, lo utilizó, declarándolo siempre que lo hacía; se sirvió de él como se sirvió de la *Crónica del Perú* de Cieza, y de las historias de Acosta, el Palentino y Gómara. El que *cita* no *plagia*. Para afirmarlo, habría que desconocer el valor de los vocablos.

Por último, no es cierto que Garcilaso sólo pensara en escribir la historia del Perú después de haber leído los papeles de Valera. En la dedicatoria de la traducción de León el Hebreo (1586), promete escribirla. Probablemente ya la preparaba. Valera no ha sido, pues, su inspirador; y no hay motivo racional para dudar de las relaciones que del Perú le mandaron sus parientes indígenas, de las cuales varias veces habla.

Desearía que me convencieran las razones de Vd.; pero hasta ahora no las creo bastantes. Ojalá lo fueran, para redimir de un olvido injusto á un ilustre y estudioso compatriota de la primera generación criolla.

Disimule mi franqueza; acepte mi caluroso agradecimiento; y téngame como su verdadero amigo y servidor.

JOSÉ DE LA RIVA AGÜERO.

En contestación á la tan interesante carta que acaba de leerse del distinguido y precoz peruanista señor Riva Agüero, defendiendo á su querido Garcilaso con ingeniosísimos

argumentos, me ocurre presentarle, al correr de la pluma, las reflexiones siguientes.

Dejaremos de lado los errores en que según el señor Riva Agüero ha caído Garcilaso, *inducido* por Valera, respecto á Huáscar y Atahualpa, cosa que no tiene que ver con la cuestión principal del plagio y demás que he sostenido en el artículo anterior; pues, al contrario, todo esto lo confirma. Nunca he pretendido ni pretendo que el P. Valera sea infalible, ni mucho menos; pues antes bien he declarado explícitamente que se ha equivocado en algunos puntos, como era natural sucediera al primero que escribía sobre la materia del siglo XVI, tratando de dos rivales, uno de los cuales, Atahualpa, tenía relaciones de familia con el autor, lo que parece indudable: ésta es, pues, cuestión secundaria, que podemos ventilar en otra ocasión.

Respondiendo ahora al primer argumento, digo: que si Valera, en Garcilaso, supone la *barbarie* antes de Manco Capac, es ni más ni menos porque así tenía que ser, por cuanto Manco Capac no puede ser considerado como el primer Inca *histórico*, sino como el tipo del hombre primitivo de las leyendas peruanas, antes del cual no hay sino caos ó *barbarie* si se quiere, como en las cosmogonías del mundo entero. El argumento, pues, tendría alguna fuerza si aceptáramos que Manco es el primero de los doce incas históricos, como vulgarmente se cree, los que sólo datan de una época *modernísima* (1); pero la verdad es lo contrario, como acabo de decir, pues se trata de un mero mito, que aunque lo vemos figurar á la cabeza de la lista dada por Montesinos, eso no destruye sino que confirma la teoría de Valera, por él copiada.

¿Qué otra cosa sino caos y *barbarie* podía imaginar el autor de una serie tan larga de reyes, que comenzaba cuatro mil ó más años antes de la Conquista? Por otra parte, aunque supusiéramos que Manco es el primero de los doce incas históricos, era natural aceptar antes de él la *barbarie*, ó al menos las *behetrías*, pues es indudable que el *origen* de los incas supone un eclipse casi total de las antiguas civilizacio-

---

(1) Pronto lo probaré incontestablemente.

nes durante largo tiempo, en que debió reinar una gran anarquía en el país. Ahí están para probarlo los nueve Pachacútec ó *restauradores*, que figuran en la gran lista y en el anónimo de Espada, los que significan otras *nueve épocas* de decadencia y de restauración sucesivas, en una serie de siglos, hasta la última época, que fué la del hijo famoso de Viracocha, y noveno de los incas.

Entre las mil pruebas que pueden aducirse del carácter mitológico de Manco Capac, basta por ahora hacer notar que los mismos indios, que confundían la leyenda con la historia, pero que habían conservado cuidadosamente las momias de sus reyes, declararon, en más de una ocasión, que las conservaban todas á excepción de la del primero, del que sólo quedaba *una estatua*, ni nunca hubo otra cosa, como era natural tratándose de un mito.

Así es como se explica que Garcilaso, que habla de las fábulas pero que no se metía en muchas cavilaciones, dé un salto mortal desde el fabuloso Manco hasta el histórico *Sinchi*, ó sea mero caudillo, que con el nombre de Roca inició, según Acosta, la dinastía de los que llamaron *Incas* después,

Si esto es así, y sabemos por qué, según Garcilaso, Valera cuidaba de *distinguir* las *edades* y *tiempos*, y él mismo nos dice que los peruanos contaban por *soles* ó *ciclos*, como los mejicanos, resulta muy claramente que el vocabulario y la relación anónima, que dicen lo mismo que Montesinos y Garcilaso, son de una y la misma persona, es decir de Valera.

Esto es evidente para toda persona imparcial; pero comprendemos lo que costará al erudito comentador de Garcilaso, el abandonar las teorías sostenidas en su largo estudio con ese amor de padre que se profesa á los propios escritos.

¿Pero qué le cuesta al señor Riva Agüero, que busca la verdad, cambiar los nombres, y donde pone Garcilaso escribir Valera, que es el *que nos trajo las gallinas*?

Precisamente, después de escrito mi anterior artículo he vuelto á leer, con mayor atención si se cabe, á nuestro buen inca; y he encontrado de un modo incontestable que son copia textual de Valera, no sólo los pasajes que cita con su nombre, sino una *serie de capítulos*, en que no se hace cita

alguna, como lo veremos después. Es evidente que el libro, aunque truncado por Garcilaso, es obra del jesuíta, pues el inca no pudo saber tales y tan recónditas cosas de los diez á los veinte años, cuando vivía, como él dice, "entre armas y caballos", si es que no se hallaba declinando nombres latinos en la escuela del canónigo Cuéllar.

Todo es de Valera, cuando nó de Zárate, Cieza, Acosta ó Gómara, exceptuando uno que otro cuentecillo que Garcilaso atribuye á su madre, á sus parientes ó al viejo inca que los visitaba; ni podía ser de otro modo, pues á los 60 años de edad y 40 de ausencia al Perú, no le era dable acordarse de lo que oyó en las faldas de una madre tan joven, que nació sólo diez años antes de la conquista, y siete años después pasó á poder del noble conquistador su padre.

Pasemos al segundo argumento de mi distinguido adversario, en que nos dice que probablemente Valera, aunque escribió de su mano el vocabulario, no hizo más que *copiar* las opiniones de otro jesuíta, que después reprodujeron Montesinos y el supuesto anónimo. Afirmación tan gratuita casi no merece refutación. Por los mismos elogios de Garcilaso á la Historia de Valera, conocemos su mérito y laboriosidad para desentrañar los secretos de la historia de sus antepasados; y es una hipótesis más que gratuita el suponer que tal hombre se entretuviera en copiar las opiniones de otros, cuando tenía las suyas, que eran las *primeras* de un peruano sobre la materia. Bien sabido es por demás que no tenía predecesor; que ingresó en la compañía pocos meses después de su fundación en Lima, é inmediatamente pasó al Cuzco en 1571 con el P. Bárcena, donde comenzó antes que nadie sus estudios históricos.

¿De quién iba, pues, á copiar, y que necesidad tenía de ello el autor de la tan interesante *Historia del Perú*? Es inútil detenerse más en este punto, pues la suposición del señor Riva Agüero no tiene el menor fundamento.

Parece que éste no ha leído atentamente mi artículo anterior, pues trata de dar á entender que yo he dicho lo que jamás pensé acerca de las *tres obras* de Valera. Jamás he pretendido que el vocabulario y la relación, que están en

castellano, formasen parte de la *Historia del Perú*, que escribió en latín. De cada una he tratado especialmente y con mucha claridad, y el mismo título de mi ensayo lo declara. ¿Cómo, pues, va á rebuscar el señor Riva Agüero un argumento contra mí en el hecho de no estar todas las obras escritas en el mismo idioma? De igual manera resultaría también que yo no soy el autor de la memoria que en francés presenté á la Sociedad de Americanistas de París, después de haber escrito el artículo en castellano publicado en el segundo tomo de esta Revista sobre el mismo tema.

Lo mismo sucede con lo que dice el señor Riva Agüero con motivo del pasaje de Valera citado en el libro 1º cap. 23 de la segunda parte de los Comentarios de Garcilaso, en que aquel alega la autoridad de varios escritores, citados también por el anónimo, y hace notar nuestro contenedor que la forma de los nombres se ha alterado, cuando escribe Falconio en vez de Falcón, y Cristóbal de Medina en vez de Molina. Olvida el señor Riva Agüero aquí que la Historia de Valera estaba en *latín*, y que el traductor, discípulo de Cuéllar, había aprendido sólo algunos palitroques de esta lengua en su escuela. No hay porqué extrañarse de que, al traducir, de *Falconius* haga *Falconio* en vez de Falcón, y por un *lapsus calami* haya escrito Medina por Molina, el tan conocido y respetado capellán que vivía y escribía en el Cuzco en tiempo de Valera.

Precisamente el señor Riva Agüero, al citar este pasaje, me obliga á declarar que ésta es una de las pruebas más incontestables que existen de la identidad del autor de la historia del Perú y del titulado anónimo "sobre las costumbres de los indios". Dichos autores: Falcón, Molina, Jofré, Oliva, etc., al verlos citados sólo en estas dos obras, siendo casi todos desconocidos é inélitos, nos suministran la prueba de que sólo Valera, que conoció á estos escritores, hoy olvidados, los cita porque ellos mismos le comunicaron sus escritos.

Poco importa en el caso presente la consecuencia que quiere sacar el señor Riva Agüero, de que si las obrasson todas de Valera se atenuaría la alta opinión que él se había formado del jesuita historiador, por cuanto encuentra en la

relación anónima una peregrina exposición del régimen religioso de los Incas. Este es un punto que no toca á la cuestión presente, y que debe discutirse por separado: que gane ó pierda la fama de Valera con la solución que hemos propuesto, no nos importa; lo único que buscamos es al *verdadero autor* de los *tres* escritos, por más que haya podido equivocarse en alguna de esas obras; aunque sea dicho de paso, muchas cosas que parecen increíbles en Valera tienen su explicación lógica si las estudiamos á fondo. En todo caso los primeros responsables son los diversos quipocamayos que se las dictaron al fiel cronista.

Cree el señor Riva Agüero también que si los papeles de Valera estaban completos, aunque los cita como destrozados Garcilaso, éste habría sido desmentido por el P. Maldonado que se los obsequió. No podemos negar que *podiera* haberlo hecho; pero no lo hizo, ni lo quiso hacer, pues al franquearle tan precioso tesoro deseaba que se aprovechara de él, por ser uno de los más íntimos amigos de la Compañía, á la que Garcilaso designa una y otra vez con el calificativo de *santa*, citando á dichos jesuítas que le dieron datos y consejos, los que probablemente le ayudaron, más de lo que se cree, á traducir el *elegantísimo latín*, como él dice, del P. Valera. A mi juicio, aun desde el punto de vista jesuítico, cometió una grave falta el P. Maldonado, al obsequiar al inca la obra de su colega criollo, pues habiendo hombres capaces en la Orden de apreciar su mérito, y publicarla para honra de ella, es inconcebible cómo la entregó á un extraño, para que se apropiara la gloria que pertenecía á un miembro de la Compañía.

Pasemos ahora á otra de las observaciones del señor Riva Agüero respecto al corto tiempo que hubo para salvar los papeles en Cádiz, y á otros puntos relativos á su dispersión é integridad. No fué tan corto este tiempo, pues los ingleses pasaron *quince* días en el puerto, y los habitantes lo tuvieron sobrado, después de las negociaciones de Quesada, para llevarse sus papeles y los dos vestidos, como reza el protocolo; y desde que los jesuítas fueron los preferidos para abandonar la ciudad el primer día, asimilados á las mujeres, esto

revela su influencia cerca de las autoridades, y que contaron con mayores facilidades que los demás habitantes para poner en salvo lo más precioso que tenían. El P. Valera debió, pues, formar un paquete, que podía llevarse bajo el brazo y que contendría las tres obras que había escrito. Tan cierto es que así pasaron las cosas, que las obras se han vuelto á encontrar: por el P. Torres y el P. Maldonado, cuatro años después; y la última quedó en la biblioteca de la Orden, probablemente hasta 1767, y después de esta fecha, como ha sucedido en todas partes con las obras de los jesuítas expulsados, cayó en manos de un particular, que la cedió al padre de *Fernán Caballero* en Cádiz. Todo esto es demasiado claro y lógico para probar que las tres obras se salvaron *íntegras*, y si los ingleses, cuando todo el mundo había huído, se apoderaron de libros y manuscritos que quedaron en las bibliotecas de los conventos, esto nada tiene que ver con los escritos que cada jesuíta salvó por su cuenta, inclusive nuestro Valera.

Por esta razón, aunque fuera cierto, que no lo es, lo que han dicho al señor Riva Agüero acerca de los libros y manuscritos de Cádiz que se cree están aún en el Museo Británico, esto no tiene relación por lo dicho con la cuestión que debatimos, pues sólo se trata de las obras personales de un jesuíta que vivía en Cádiz, y nó de las antiguas, manuscritas ó impresas, que estaban en las bibliotecas de la ciudad. Sin embargo, puedo también decir al señor Riva Agüero y á su informante que el hecho no es exacto tampoco, pues he pasado tres años en la gran biblioteca de Londres, examinando cuanto al Perú se refiere en libros impresos ó manuscritos, especialmente cuando comenzaba su catálogo de éstos mi difunto amigo el señor Gayangos, y jamás he tropezado con ningún libro venido de Cádiz en 1596. Ni podía ser de otro modo, pues debe saber mi distinguido paisano que el Museo Británico es una biblioteca esencialmente contemporánea, y no se soñaba en fundarla en la época del saqueo. Los libros que la componen fueron obsequiados por el Rey poco antes de 1830, y el resto se ha ido acumulando sólo en virtud de dones sucesivos y de compras considerables, á que debe el ser hoy la primera y mejor organizada biblioteca del mundo.

Lo que es cierto es que muchos de aquellos libros fueron á pasar á la Biblioteca Bodleyana de la Universidad de Oxford, que es la más antigua de Inglaterra; y precisamente he adquirido allí informes con motivo de la cuestión Valera, pues quise averiguar si existía allí algún manuscrito del jesuita ó relativo al Perú, y he sabido por el jefe de la sección de manuscritos, cuya carta conservo, que no se encuentra absolutamente nada. Poco nos importa que estén íntegras en Óxford las bibliotecas de los conventos gaditanos y la rica colección del obispo de Faro, Jerónimo de Osorio, que también se llevó Lord Essex en 1596.

El señor Riva Agüero, que me ha obligado á hacer esta corta digresión, concluye diciendo que Garcilaso cita *siempre* expresamente á Valera, cuando copia cada uno de sus pasajes, y que *el que cita no plagia*. Distingo, le diré con los escolásticos: si se cita *uno que otro* pasaje de una obra extensa, esto es inocente y á veces necesario; pero cuando se cita textualmente sólo una *décima parte* de un escrito, para así apropiarse, sin cita alguna, de las *nueve décimas* partes, que uno da como propias y originales, entonces el *plagio es escandaloso*, y tal es nuestro caso, á no ser que se aparente ignorar el verdadero *valor de los vocablos*, como dice el señor Riva Agüero.

Como ya lo he dicho antes, he leído de nuevo, con mayor atención si cabe, todo el texto de Garcilaso; he visto que las columnas enteras en que hay citas, pasan de *cuarenta* en la Primera Parte; y en las tres cuartas partes restantes, más ó menos, cuando no menciona á alguno de los cronistas, y precisamente cuando *no hay cita alguna*, reproduce el inca una larga serie de capítulos, que *sólo Valera* podía haber escrito.

Sería sumamente largo este artículo si mencionara todos estos capítulos; me contentaré con citar el relativo á la conquista de los *Chachapoyas*, que vivían en la región (página 265) donde nacieron ó se criaron Valera y los parientes que le informaron. Lea atentamente ese capítulo nuestro querido paisano; y con su clara inteligencia verá que nadie ha podido escribirlo sino Blas Valera, con esa multitud de detalles que da acerca del itinerario que siguió el inca en su con-

quista, indicando el nombre de los pueblos y sus distancias respectivas, y otros mil pormenores tan curiosos acerca de los monumentos del país, en que indirectamente se refiere aún á las portentosas ruinas de *Quélap* y á otras cosas absolutamente ignoradas por Garcilaso, pero que al otro le eran familiares. ¿Puede haber prueba más concluyente?

Puede leer también los capítulos relativos á la *lengua cortesana*, en que al principio Garcilaso copia lo que dice Valera, indicando éste hasta el libro, capítulo y número de su obra á que se refiere, y en que dice haber ya tratado esta materia. Tal cosa no es posible cuando se copia de papeles rotos y hechos añicos.

Resulta pues, que, copista ó plagiario, como guste el señor Riva Agüero, Garcilaso ha hecho creer al público que sólo se sirvió de un manuscrito hecho añicos, cuando realmente lo había recibido íntegro de manos del P. Maldonado, para apropiarse la gloria que sólo al difunto autor pertenecía. Usted dirá cómo hay que calificar semejante proceder de la escuela de Tartufo.

Por otra parte, esto no es nuevo en Garcilaso. pues su historia de la Florida, donde nunca puso los pies, es por confesión propia, desde la primera línea, la relación que le dictó un amigo suyo, que completó, como él mismo dice, con los relatos de varios soldados que estuvieron en la conquista de esa península; lo que prueba que la obra es del *hidalgo desconocido*, y no la *Florida del Inca*, como reza la portada.

En cuanto á la traducción *castellana* de León Hebreo, *del italiano*, por un soldado *indio*, (paisano de *Santa Cruz*) como él siempre se llama, nos ocurren también algunas dudas, así como sobre el fundamento con que prometía en ella (1586) la "Historia de los incas," que no comenzó, como lo declara desde las primeras páginas de ésta, sino en 1600, cuando acababa de recibir el manuscrito de Valera: *intelligenti pauca!*

Creo que esto basta en cuanto á Garcilaso, y para no alargar demasiado esta réplica agregará sólo una palabra acerca del *Vocabulario* y la *Relación anónima* de Espada.

Ya sabemos que el contenido de estas obras coincide con

la teoría publicada por Montesinos, que es *única* en su género; pero si se quiere una prueba que valga por ciento, reflexione el señor Riva Agüero en lo siguiente. La relación menciona al *séptimo* y *noveno* ó último Pachacútec, ó *Gran reformador*, y éste fué también el noveno de los incas.

Quiere decir esto que para el autor hubo *nueve soberanos* de este nombre, que corresponden á nueve épocas de *decadencia* y otras tantas de *restauración*, en la larga serie de los soberanos del Perú. Ábrase el libro de Montesinos y se verá en su larga serie de reyes que figuran todos estos nueve Pachacútec, lo que confirma que ésta era la misma teoría de Valera; y como por otra parte la vemos expuesta en el fragmento del *Vocabulario* que llevaba su nombre, no puede quedar la más ligera duda de que el autor de todo sea nuestro mestizo jesuíta, que escribía de 1575 á 1595 más ó menos. Hay que confesar que aunque la teoría de Montesinos es debida á Valera, en cuanto á los detalles ha debido el íntimo auxilio de los jesuítas y del P. Oliva completarlos con las relaciones del quipocamayó Catari y otras que éste poseía, y con las demás fuentes potosinas que más tarde sirvieron para sus *Anales* á Martínez Vela.

Creo no haber omitido nada para contestar á todas y á cada una de las observaciones de mi distinguido compatriota, que no busca sino la verdad; y guiado por su lealtad y clara inteligencia, se dignará aceptarlas imparcialmente, convenciéndose de que no es un sueño la tesis que he sostenido anteriormente sobre mi hallazgo de las obras de Valera. Si mi modesto nombre no le basta, me permitiré citarle lo que me dice con fecha 23 de Septiembre uno de los más célebres peruanistas, Sir Clements R. Markham, al acusarme recibo de la memoria que sobre este tema presenté á la Sociedad de Americanistas de París.

He aquí la parte principal de su carta, que traduzco textualmente “Doy á Vd. mil gracias por haberme enviado su *Descubrimiento* de las tres obras del peruano *Blas Valera*. Ya conocía su contenido por la lectura de la *Revista histórica* de Lima, y había considerado el descubrimiento de Vd. como el más importante complemento para el estudio de la

historia antigua del Perú que se ha efectuado desde hace muchos años. Ya me había dado Vd. una idea de sus investigaciones y opiniones en esta materia en la carta que me escribió Vd. el 8 de julio de 1873.”

“Ya he tenido el gusto de anunciar sus descubrimientos acerca de las obras de Valera al Congreso de Americanistas reunido en Viena la semana pasada.....”

La opinión tan espontánea y de tal peso del decano del peruanismo, antiguo traductor y admirador del Inca Garcilaso, me prueba que no he andado descaminado en mis investigaciones, pero mayor sería mi satisfacción si de hoy en adelante pudiera contar con la opinión favorable de un joven tan aventajado como el último crítico de los *Comentarios*, que promete ser uno de los mejores historiadores del Perú, á juzgar por su concienzudo estudio sobre Garcilaso.

Una palabra más, no sólo para el señor Riva Agüero, sino para todos aquellos que en nuestro país ó fuera de él abriguen la menor duda acerca de la verdad y trascendencia de la tesis que defiendo. Si el Gobierno, el Instituto ó cualquier particular, quieren garantizar siquiera los gastos de la publicación, me ofrezco á dar á luz una voluminosa edición crítica de las obras del P. Valera, entresacadas de las de sus plagiarios y de los demás escritos que quedan, con las notas respectivas, etc. Creo que así habré hecho un servicio importante á la historia patria y á su estudio en las verdaderas fuentes. Esto es hoy lo importante; y nó la reimpression de Garcilaso, ya propuesta, y que no tiene razón de ser.

Estas fuentes hay que pesarlas y depurarlas de toda escoria con implacable y sana crítica, dejando á los tiempos que pasaron esa patriotería de aldea, rémora de la historia y de todo, como cuanto obedece á los ciegos instintos de las turbas. En el siglo XX debemos juzgar con la misma severidad á los escritores antiguos que á los contemporáneos, sean nacidos en nuestro país ó en las regiones polares, y olvidarnos de la muletilla que dice: *que todo tiempo pasado fué mejor*.

Guiados por tan añejo criterio, hemos creado una espe-

cie de ideal intangible en la persona de Garcilaso, cual tipo único del inca historiador de su raza, sin parar mientes en que la alcurnia sola no da suficiencia, y que él estaba en el extranjero en *peores condiciones* que nadie para llevar á cabo tan ardua empresa, mientras otro peruano consagraba á ella en el país mismo sus vigiliás, sin tantos alardes *incanos* (1), como decía muy bien Valera.

En las condiciones que hemos indicado antes, no era posible escribir en Córdoba á los 60 años una *Historia de los Incas*, sino copiándola de un libro inédito ó forjando una *novela*, como ha creído el señor Menéndez Pelayo; lo primero es lo cierto, como creo haberlo probado incontestablemente.

*Las supercherías literarias* son infinitamente más numerosas que las que examina Quérard en la voluminosa obra que lleva este título, y que principalmente se refiere á Francia. Podría citar muchos otros casos, antiguos y modernos, parecidos al de Garcilaso, de escritores célebres, como Antonio Herrera y Fray Jerónimo Román, que se apropiaron las obras de Cieza y de otros cronistas, sin citarlos; el afamado P. Acosta copió á Polo de Ondegardo, probablemente al mismo Valera, en lo relativo al Perú, y al P. Durán por lo que toca á Méjico; Gómara, capellán de Cortés, firma la Historia que éste le dictó; y antes Colón había redactado las cartas que atribuye á Toscanelli, etc. etc. Hay otros ejemplos en los tiempos modernos, y aun en nuestros días, y fácil nos sería citar otros nombres que creemos prudente silenciar. Si pues los hurtos literarios son tan frecuentes en todas épocas, sobre todo en aquellas remotas en que podían perpetrarse á mansalva, ¿por qué creer improbable el plagio en Garcilaso y en Montesinos? Y si un mal entendido patriotismo nos arrastra á romper lanzas por el primero, ¿acaso olvidamos que también Valera era mestizo peruano como el inca?

Si abogamos por Valera, es por puro amor de la verdad y de la justicia, y porque queriendo aquilatar el valor de

---

(1) Esta forma castiza del adjetivo la emplearemos como Valera en adelante, en vez del exótico *incásico*.

nuestras primeras fuentes históricas, al separar su obra de la del "Capitán de caballos de S. M", ya podremos contar así con una verdadera *Historia indígena*, eco fiel de los anales conservados por los quipocamayos, y confrontarla con la versión coetánea que en presencia de Valera obtuvo de los últimos vástagos de los incas el historiador oficial Sarmiento de Gamboa (1), cabiendo la curiosa coincidencia de que ambos llegaron juntos al Cuzco en 1571 y casi al mismo tiempo salen del olvido sus importantes obras, que abren nuevos horizontes á los peruanistas.

Este modesto estudio emprendido con el mismo desinterés que todos los que he hecho en mi vida entera, sin otra mira que el descubrimiento de la verdad, deja completamente demostrado que no fueron los piratas ingleses los que robaron ó destrozaron las preciosas obras de Blas Valera, sino sus mismos hermanos que, olvidando su espíritu de cuerpo, prefirieron que sirvieran de timbre de gloria á uno de los compatriotas de aquel porque sabía manejar el incensario, colmando de elogios y favores á la que él llamaba siempre á boca llena la *Santa Compañía de Jesús*.

La justicia es póstuma las más veces; tarda pero al fin llega. En 1609 aparecía en Lisboa con el nombre del astuto Garcilaso la obra de Valera; y tres siglos después cabe á otro expatriado compatriota (cuyos pobres escritos han corrido y correrán igual suerte) la íntima satisfacción de restituirla á su verdadero autor y á la olvidadiza patria de ambos.

París 1908.

M. GONZÁLEZ DE LA ROSA.



---

(1) Pronto daremos cuenta de la erudita edición de Sarmiento, que puede obtenerse en Lima en la Librería Francesa.